

naturaleza, bienes de fortuna y bienes de la gracia. Todos ellos entrarán en la cuenta. Los bienes de naturaleza se refieren al cuerpo y al alma; habremos de dar cuenta del uso que hicimos de nuestro cuerpo. Se nos preguntará si hemos empleado nuestras fuerzas en servir al prójimo, en trabajar para tener con qué dar limosna, en hacer penitencia, en viajar para hacer visitas a los lugares que Dios se sirvió adornar con singulares privilegios (1), o, por el contrario, si sólo hemos empleado nuestra salud y nuestro cuerpo en correr por casas de juego, tabernas, o en robar al prójimo, en trabajar el santo día del domingo, en emprender viajes en días festivos, en vez de emplear tan santos días practicando obras de amor a Dios y al prójimo, instruyendo a los ignorantes, dándoles sanos consejos, guiándolos hacia Dios y apartándolos del mal. Después se nos examinará acerca de si empleamos nuestro ingenio para el mal: es decir, para aprender cosas malas; si leímos libros perversos, si frecuentamos la compañía de los impíos, si iniciamos a los demás en las prácticas del mal; si nos hemos servido de nuestro talento para engañar a los otros en las compras y ventas, para declarar falsamente ante los tribunales de justicia, para promover pleitos, para incitar a los demás a vengarse, o a hablar mal de la religión, para enseñarles impiedades contra la misma: como, por ejemplo, hacerles creer que la religión no es buena, que no es verdadero cuanto ella nos dice, que los sacerdotes predicán lo que quieren... Nos examinará, además, el Supremo Juez acerca de si empleamos nuestro ingenio en componer canciones malas e impuras, o libelos contra la fama del prójimo; si hemos comunicado a los demás nuestra ciencia del mal. Nos pedirá cuenta de si empleamos nuestro talento en

(1) El Santo cita aquí como ejemplo los santuarios de Nuestra Señora de Fourvière, San Francisco de Regis, etc., pero puédense citar Montserrat, El Pilar, Santiago, etc. (Nota del Traductor).

instruirnos; si la belleza de nuestro cuerpo ha servido para envanecernos y no para admirar la sabiduría y la omnipotencia de Dios; si nos hemos servido de dichos dones para precipitar a los demás en el mal, como hace, por ejemplo, una mujer que se adorna para atraer las miradas de la gente. El Señor nos examinará acerca de si empleamos bien nuestra fortuna, recordándonos que no somos más que administradores, por lo cual se nos imputará como pecado todo lo que gastamos indebidamente. Entonces Dios pondrá de manifiesto la insensatez de aquellos padres y madres que, comprando objetos de vanidad para sus hijos, no hicieron más que contribuir a la perdición de su alma; les mostrará todo el dinero gastado inútilmente en las casas de juego, tabernas, bailes y otras cosas por el estilo. También nos pedirá cuenta de lo que dejamos perder, y habríamos podido dar a los pobres. ¡Ay! ¡cuántos pecados en los cuales nunca habíamos pensado! No los queremos reconocer ahora, y habremos de reconocerlos en aquel momento; ¡pero será ya demasiado tarde!

Vamos ahora, H. M., a otra cuenta mucho más terrible aún, a saber, la de la gracia. Comenzará Dios manifestándonos los beneficios que nos ha concedido: primero, haciéndonos nacer en el seno de la Iglesia católica, cuando tantos otros nacieron y murieron fuera de ella. Nos hará ver cómo hasta entre los cristianos hay un número infinito que murieron sin recibir la gracia del santo Bautismo. Nos hará ver el número de años, de meses y de días que nos conservó la vida hallándonos en pecado; en cuyo tiempo, a la muerte habría seguido irremisiblemente el infierno. Pondrá ante nuestros ojos todos los buenos pensamientos, las santas inspiraciones, los buenos deseos que durante la vida nos ha sugerido. ¡Ay! ¡cuántas gracias despreciadas! Nos recordará todos los sermones e instrucciones oí-

dos durante nuestra vida ; cuántos libros de doctrina y lecturas estuvieron a nuestra disposición, para que nos aprovechásemos de su contenido ; todas nuestras confesiones, todas nuestras comuniones, y tantas otras gracias que del cielo hemos recibido. ¡ Cuántos cristianos, sin haber recibido una centésima parte, se santificaron ! Mas, H. M., ¿ qué fué de todos estos beneficios, de todas estas gracias ? ¿ qué provecho hemos sacado ? ¡ Triste momento para un cristiano que todo lo despreció, que no se aprovechó de nada ! ¿ Sabéis, H. M., lo que recibisteis ? Oíd lo que nos dice San Gregorio : « ¡ Ah ! hijo mío, mira esta cruz, y verás lo que ha costado a un Dios merecernos la vida ». Por esto, cuando San Agustín meditaba sobre la rendición de cuentas por las gracias recibidas y despreciadas, exclamaba : « ¡ Ay, desgraciado ! ¿ qué será de mí, cuando tantas gracias he recibido ? ¡ Ay ! ¡ me causan mayor temor las gracias recibidas que los pecados que he cometido, con ser ellos muy numerosos ! Dios mío, ¿ cuál será mi suerte ? » Leemos en la vida de Santa Teresa que, en su última enfermedad, se sintió transportada ante el juicio de Dios ; al volver en sí, le preguntaron por qué estaba tan temerosa después de haber hecho tanta penitencia. « ¡ Ay !, dijo, mucho temor he de tener ». Le preguntaron si temía la muerte. « No », dijo. Si acaso temía el infierno. « Tampoco », contestó. ¿ Qué es, pues, lo que la hacía temblar ? « ¡ Ay ! mi vida habrá de ser confrontada con la de Jesucristo ; ¡ ay de mí, si presento aunque sea tan sólo una sombra de pecado ! » Mas ¿ qué será de nosotros, H. M., cuando Jesús nos reprenda por el desprecio y abuso que hicimos de su Sangre preciosa y de todos sus méritos ? « ¡ Ah ! ingrato pecador, nos dirá, vid infructuosa, árbol estéril, ¿ qué más debí hacer por tu salvación ? ¿ No tenía motivos para esperar de ti frutos de vida eterna ? ¿ Dónde están tus buenas obras ? ¿ Dónde las oraciones

que debían complacerme y mover mi corazón? ¿Dónde tus buenas confesiones? ¿Y las buenas comuniones que debían hacerme nacer de nuevo en tu corazón, e indemnizarme, en alguna manera, de los tormentos que experimenté por tu salvación, dónde están? ¿Dónde, las penitencias practicadas, las lágrimas vertidas para borrar los pecados que cometiste? ¿Dónde están las buenas obras correspondientes a tantos pensamientos, deseos y ocasiones como yo te proporcioné? ¿Dónde, aquellas Misas santamente oídas, con las cuales habrías podido satisfacer por tus pecados? ¡Ah, desgraciado! sólo has producido obras de iniquidad, sólo has empleado tus energías en renovar los sufrimientos de mi pasión y de mi muerte. ¡Anda, apártate de mí, te maldigo por toda una eternidad! En el día del juicio final, mostraré a la faz del mundo, todo el bien que pudiste hacer y no hiciste, todas las gracias que te concedí y tú despreciaste». ¡Ay! cuántas reprensiones, cuántos pecados que no habíamos ni siquiera sospechado! ¡Ay! ¡cuán terrible será aquella cuenta! Ved aquí un ejemplo que os lo demostrará. Refiere San Juan Clímaco (1) que un anacoreta llamado Esteban, después de haber llevado una vida lo más santa y austera, siendo ya muy viejo, cayó enfermo, y de aquella enfermedad murió. La vigilia de su muerte, hallóse de golpe fuera de sí, mas no dormido, sino con los ojos abiertos. Miraba a derecha e izquierda de la cama, cual si hubiese allí alguien que le tomase cuenta de sus actos. Oíase a una persona que le preguntaba, y el enfermo contestaba con voz tan fuerte que todos cuantos estaban en la habitación podían oírlo. Se le oía decir: «Sí, es verdad, he cometido tal pecado, mas por su causa he ayunado tantos años». Después la otra voz decía que había cometido tal pecado, y el moribundo

(1) *La Escala Santa*, séptimo grado.

contestaba : «No, es falso, no lo he cometido». Pasado un rato se le oía decir : «Sí, confieso que lo he cometido ; pero el Señor es tan misericordioso que me lo perdonó». Era un espectáculo espantoso, nos dice San Juan Clímaco, ver cómo se le pedía a aquel solitario una tan exacta cuenta de sus acciones. Pero lo más espantoso, nos dice el Santo, era que se le acusaba de pecados que jamás había cometido. ¡Qué!, H. M., ¡un santo solitario que pasó cuarenta años en el desierto, que tantas lágrimas había derramado, confiesa él mismo que no puede justificarse de algunas acusaciones que contra él se levantan !... Nos dejó, dice San Juan Clímaco, en una gran incertidumbre sobre su salvación. ¿Qué será, pues, de un pecador que en aquel momento no verá en sí sino mal y nada de bien ? ¡Terrible momento ! ¡instante desesperador ! ¡Y no hallar nada en qué apoyarse !

Ya sabéis que aquel juicio se desenvolverá ante tres testigos : Dios Nuestro Señor, que será el juez ; nuestro ángel de la guarda, que mostrará las obras buenas por nosotros realizadas, y el demonio, que manifestará todo el mal de que hemos sido capaces durante cada uno de los instantes de nuestra vida. Conforme a las deposiciones de los citados testigos emitirá Dios su juicio, y fijará nuestra suerte por toda una eternidad. ¡Ay ! H. M., ¡cuál será el espanto del pobre cristiano que está esperando su sentencia, y que dentro de algunos minutos se hallará ya en el cielo o en el infierno !

Leemos en la historia que un santo abad llamado Agatón, estando en sus últimos momentos, permanecía continuamente con los ojos levantados al cielo sin moverlos para nada. Los religiosos le preguntaron : «Padre, ¿en dónde creéis estar ahora?» — «Me hallo en la presencia de Dios, cuya sentencia estoy aguardando». — «¿Y no os causa miedo?» — «¡Ay ! no sé si todas mis acciones serán bien recibidas ; pienso haber

cumplido los mandamientos ; mas los juicios de Dios son muy distintos de los de los hombres». En aquel momento exclamó : «¡ Ay ! voy a ser juzgado». ¡ Ay ! H. M. ¡ cuántos remordimientos por haber perdido tantos medios de salvación, por haber despreciado tantas gracias que el Señor nos concedió a fin de ayudarnos a ganar el cielo ! ¡ Todo está perdido para nosotros, o mejor, todo coopera a nuestra condenación !

Y si es tan terrible rendir cuentas de las gracias que Dios nos concediera para librarnos del infierno, ¿ cuánto más lo será el ser examinados y juzgados acerca de los pecados que habremos cometido ? Tal vez os consoláis diciendo que no habéis cometido aquellos pecados que tan monstruosos aparecen a los ojos del mundo. Mas ¡ y aquellos pecados internos, H. M. !... ¡ Ay ! ¡ cuántos pensamientos de impureza, cuántos deseos inmundos, cuántos pensamientos de odio, de venganza, de envidia han ocupado vuestra imaginación durante una vida de treinta, cuarenta o, tal vez, ochenta años ! ¡ Ay ! ¡ cuántos pensamientos de orgullo, de celos, cuántos deseos de vengarse, de dañar o de engañar al prójimo ! ¿ Y cuando lleguemos a los pecados de obra ?... ¡ Ay ! cuando Dios tome de manos del demonio el libro de nuestra vida para examinar todas aquellas acciones impúdicas... aquellas obras de corrupción, aquellos actos torpes, aquellas miradas licenciosas, todas las confesiones y comuniones sacrílegas, las estratagemas y astucias empleadas para seducir a aquella persona... ¡ Ay ! ¡ qué será de esas víctimas de la impureza ! ¡ Oh ! ¡ cuánto más afortunadas, si Dios las echase al infierno antes de su muerte, para evitarles el tener que comparecer ante un Juez tan puro !

Según todas las probabilidades, el juicio tendrá lugar en el lecho o en la alcoba del moribundo. ¡ Ay ! aquellos miserables cuya incontinencia excede a la de los más inmundos animales, habrán de leer, como el

impío Baltasar (1), su sentencia de reprobación escrita en las paredes y en los rincones de su casa. ¡Cómo se atreverán a negar, cuando Jesucristo, con el libro en la mano, les mostrará el lugar y la hora en que cometieron el pecado! «Anda, desgraciado, les dirá, te repruebo y te maldigo para siempre!» ¡Ay! H. M., aunque Dios les ofreciese el perdón, es casi seguro que no lo aceptarían, tanto endurece el pecado al corazón. ¡Ah! Jesucristo podría conminarlos con las mismas amenazas que dirigió a aquel impío de que nos habla la historia. Estaba el tal en sus últimos momentos, y Jesús le dijo: «Si me pides perdón, te perdonaré». ¡Mas, ay! cuando se ha vivido en pecado durante toda la vida, poca esperanza queda. — «No», contestó el moribundo. — «Pues bien, le dijo Jesucristo, echándole una gota de su preciosa Sangre sobre la frente, anda: en el gran día del juicio, esta sangre adorable, que en vida profanaste y despreciaste, será la señal de tu reprobación.» Después de estas palabras, muere el infeliz y es arrojado al infierno. ¡Oh, terrible momento, para el pecador que en aquella hora no vislumbrará cosa alguna buena para hacerle esperar el cielo! El pobre pecador, no teniendo qué contestar, quisiera estar ya en el infierno. Al morir, no puede decir otra cosa que: «Sí, he merecido el infierno, justo es que caiga en él, ya que tanto he profanado aquella Sangre adorable que Vos derramasteis para mi salvación en el árbol de la cruz». Jesucristo, siempre teniendo delante el libro en que quedan escritos los pecados, verá todas las oraciones omitidas o mal hechas, o tal vez mezcladas con sentimientos de odio y de venganza, o ¿qué digo? quizá saliendo de un corazón abrasado en el fuego de la impureza. No, no, Dios mío, no continuéis examinándole, arrojadle en seguida al infierno, es la mayor gra-

(1) Dan., V.

cia que podéis hacerle, si alguna le debéis antes de sepultarle en el fuego eterno. Sí, Jesucristo volverá la página y allí verá escritos todos los juramentos, todas las imprecaciones, todas las maldiciones que durante su vida no cesó de vomitar por aquella boca y con aquella lengua que tantas veces bañara la Sangre adorable de Jesús. Sí, H. M., volverá Jesucristo otra hoja, y hallará escritas todas las profanaciones del santo día del domingo. ¡ Ah ! no, no, no cabrá ya pretexto alguno, todo quedará en evidencia. Entonces aparecerán aquellas borracheras de los domingos, las orgías, juegos y danzas con que profanó los días consagrados al Señor. ¡ Ay ! ¡ cuántas veces dejó la Misa o la oyó mal ! ¡ Cuántas veces asistió al Santo Sacrificio sin ocuparse casi de Dios ! ¡ Ay ! ¡ Tal vez el número de pecados cometidos durante la Misa, excedió al de toda la semana ! Sí, H. M., Jesucristo volverá otra hoja, y allí verá escritos todos los crímenes cometidos por el hijo ingrato que despreció a sus padres, los maldijo, les deseó la muerte para quedar dueño de sus bienes, les causó tantos sufrimientos, durante la vejez, con los malos tratos de que les hacía objeto... Sí, H. M., volverá Jesucristo otra hoja, y verá escritas en ella todas las injusticias cometidas, todas las usuras percibidas en las ventas y en los préstamos. Sí, todas las defraudaciones quedarán expuestas a la luz del día.

¡ Ay ! aquel pobre desgraciado oirá leer todos los pormenores de su vida, sin hallar la menor excusa para defenderse. ¡ Ay ! ¿ a qué quedará reducido aquel pobre orgulloso que siempre quería tener la razón, que despreciaba a todo el mundo, que se mofaba de todos ? Dios mío, ¿ a qué estado de desesperación le ha reducido este examen ? En este mundo, H. M., hallamos siempre algunos pretextos para atenuar nuestros pecados, cuando no podemos ocultarlos del todo. Mas esto no valdrá ante Jesucristo. El nos dejará convictos de

cuanto hemos hecho, y nos veremos obligados a confesar que nuestra vida fué tal como allí ha aparecido, y que con toda justicia hemos de ser condenados a arder en el infierno y a quedar eternamente desterrados de la presencia de Dios. ¡ Oh, espantosa desgracia ! ¡ Mas, a la vez, desgracia irreparable ! ¡ Quién pensase con frecuencia en esto, sería, sin duda, más prudente que no somos nosotros !

Pero no hay bastante aún : el demonio, que durante nuestra vida ha trabajado sin cesar para lograr nuestra perdición, presentará a Jesucristo un libro en el que aparecerán escritos los pecados que hicimos cometer a los demás. ¡ Ay ! cuán grande será su número, el cual sólo en aquel momento podremos conocer (1). ¡ Ay ! ¿ qué será de aquellos padres y madres de familia, de aquellos amos y aquellas señoras que, por no dejar de aprovecharse ni un momento del trabajo de sus hijos o criados, fueron causa de que tantas veces omitiesen sus oraciones ? ¿ Cuántas veces hicieron perder la Misa al pastor o al mozo de labranza ? ¿ Cuántas funciones, vísperas, sermones, instrucciones catequísticas, sacramentos, dejaron de frecuentar sus dependientes por no haberles dado tiempo necesario para ello ? ¿ Cuántas les habrán obligado a trabajar en domingo, y hasta se habrán burlado de ellos porque practicaban sus devociones ? Tal vez hasta habrán llegado a impedirles sus prácticas religiosas. ¿ Cuántos libertinos habrán arrasado a las jóvenes al pecado, con sus sollicitaciones y promesas ? Y entre las jóvenes, ¿ no hay muchas que, con su afectación y coquetería, habrán suscitado en los demás malos pensamientos y miradas impuras ? ¿ Cuántos aficionados al vino habrán sido causa de que otros los imitasen en aquel vicio, pasando el domingo en la

(1) ¡ Ay ! solamente en el juicio general conoceremos con exactitud los pecados que hicimos cometer a los demás. (Nota del Santo).

taberna y faltando a los oficios? ¡Ay! ¡cuántos pecados han ocasionado los taberneros dando de beber a los beodos! ¡Cuántas palabras sucias y cuántas acciones impuras, en aquellos lugares donde está todo permitido! Allí es donde se derrama sobre los corazones el veneno de la impureza, que embriaga casi a todos los concurrentes con sus inmundos placeres. ¡Ay! ¡de cuántas cosas habremos de dar cuenta! ¡Cuántos jóvenes roban a sus padres para tener dinero que gastar en la taberna! y ¿quiénes dan ocasión a que tales pecados se cometan? Nadie sino los taberneros. ¡Ay! ¡cuántas dudas sobre la religión habrán suscitado los impíos infundiendo en el corazón de aquellos que los escuchaban todo cuanto su mente extraviada ha podido inventar para debilitar la fe! ¡Cuántas calumnias contra los sacerdotes! como si los defectos de uno hiciesen malos a todos los demás. ¡Ay! ¡cuántas personas dejaron de frecuentar los sacramentos por haber escuchado a gente impía que les narró todo género de falsedades acerca de la religión! ¿Quién podrá contar el número de almas que las tales habrán perdido? Por lo tanto, todo esto les será imputado, todo esto será causa de su condenación. En aquel momento, acudirán a pedir venganza todas las almas que ellos perdieron... ¡Ay! si el santo rey David decía que temía más por los pecados ajenos que por los propios, ¿qué será de aquellos infelices que emplearon toda su vida en perder el alma de los demás, ya con sus ejemplos perversos, ya con sus palabras o escritos llenos de maldad? ¡Ay! ¡qué espanto, al ver que echaron tantas almas al infierno!

¿Quién de nosotros, H. M., no temblará al pensar que Dios nada dejará sin examen, ni aun las buenas obras, para ver si fueron practicadas rectamente y ordenadas a El sólo? ¡Ay! ¡cuántas acciones que no tuvieron otro principio que un motivo mundano: el

deseo de distinguirse, de ser tenido por persona abnegada o virtuosa ! ¡ Cuántas buenas acciones hallaremos no valer nada a los ojos de Dios ! ¡ Ay ! ¡ la hipocresía y los miramientos humanos nos habrán hecho perder todo el mérito ! Si los santos, H. M., culpables tan sólo de algunas pequeñas faltas, temieron tanto en aquellos momentos, y practicaron penitencias tan largas y tan duras, ¿ cómo podremos esperar que Dios se apiade de nosotros ? ¡ Ay ! que cada día caen otros mucho menos culpables que nosotros. ¡ Dios mío, no nos arrojéis al infierno ! antes bien enviadnos en esta vida cuantos sufrimientos os plazcan.

Para haceros sentir mejor el rigor con que Dios nos juzgará ; cosa de la que deberíamos estar persuadidos... En efecto, a un cristiano colmado de tantos beneficios, que ha recibido tantas gracias para salvarse, a quien nada le faltó si no es su voluntad, ¿ no es justo que Dios le examine con espantoso rigor ? Mas para que conozcáis mejor esto, ved aquí un ejemplo que nos refiere San Juan Clímaco, el cual nos muestra, en alguna manera, el rigor de la divina justicia para con el pecador. Nos cuenta que uno de sus amigos, llamado Juan Sabaíta, le había dicho que en un monasterio del Asia había un joven religioso que, viendo que su superior le trataba con demasiada bondad y dulzura, pensó que ello podría ser perjudicial a su alma, y le pidió permiso para ir a otro monasterio. Trasladado allí, la primera noche, tuvo un sueño en el que vió a una persona que le pedía cuenta de sus acciones. Después de un severísimo examen, hallóse deudor a la divina justicia de sumas considerables, y el Señor le hizo ver cómo aún nada había satisfecho por sus pecados. Horrorizado por aquella visión, permaneció todavía tres años en aquel lugar, en donde Dios, queriendo hacerle expiar sus pecados, permitió que fuese despreciado y maltratado de todos. Parecía que todos tuviesen por ocupación hacerle

padecer ; mas él de nada se quejaba. Entonces Dios, en una visión, le hizo comprender que solamente había pagado un tercio de su deuda a la divina justicia. Muy espantado, comenzó a fingirse loco, y continuó aquel género de vida durante trece años ; entonces le dijo Dios que solamente había pagado la mitad. No acertando ya a buscar nuevas mortificaciones, pasó el resto de su vida clamando a Dios misericordia. Sus penitencias no guardaban límite ni medida. « ¡ Ah ! Señor, ¿ no tendréis piedad de mí ? hacedme sufrir cuanto queráis y perdonadme. » Sin embargo, antes de morir, Dios le dijo que sus pecados estaban perdonados. Pues bien, H. M., ¿ quién de nosotros se atreverá a esperar le hayan sido borrados sus pecados, cuando no hemos hecho sino confesarlos y decir a Dios que le pedíamos perdón ? ¡ Ay ! cuántos cristianos, en su ceguera, piensan haber hecho gran cosa, cuando en realidad nada hicieron. Dios les hará ver entonces lo que sus pecados merecían y las penitencias que han hecho. ¡ Ay ! ¡ cuántos cristianos perdidos !

Mas al juicio particular, H. M., seguirá aún otro examen. Aunque lo que os acabo de decir parece ya muy riguroso, éste no será menos terrible ; me refiero al juicio de Jesucristo sobre el bien que pudimos hacer y no hicimos. Jesús pondrá ante los ojos del pecador todas las oraciones omitidas y que habría podido hacer, todos los sacramentos que habría podido recibir durante su vida. Si hubiese resuelto llevar una vida más santa, habría podido recibir con mucho mayor frecuencia su Cuerpo y su Sangre adorables. Jesucristo le pedirá también cuenta de las veces que tuvo el propósito de practicar alguna buena obra y no la practicó. ¡ Cuántas oraciones, cuántas misas, cuántas confesiones, cuántas penitencias, cuántos deberes de caridad hubiera podido cumplir para con el prójimo ! ¡ cuántas privaciones en sus comidas, en sus visitas ! ¡ Cuánto

mayor número de visitas hubiera podido hacer a Jesús Sacramentado en el santo día del domingo! ¡Ay! ¡cuántas buenas obras omitidas, acerca de las cuales hemos de ser juzgados! Hasta de la buena influencia que nuestros ejemplos hubieran podido ejercer en los demás, nos pedirá cuenta Jesucristo. ¡Ah! gran Dios, ¿qué responderemos a ello?

II. — Pero, me diréis, ¿qué deberemos hacer para estar seguros y tranquilos en aquella hora tan terrible para quien haya vivido en pecado, sin pensar siquiera en aplacar la justicia de Dios profundamente irritada por su culpa? Vedlo aquí. En primer lugar hemos de entrar en nosotros mismos, y pensar seriamente que nada hicimos aun que nos pueda hacer concebir esperanzas en aquella hora; también hemos de tener presente que nuestros pecados quedan todos escritos en un libro que el demonio presentará a Dios en el juicio, a fin de manifestarle nuestras culpas hasta las más ocultas. En segundo lugar, siguiendo el ejemplo de Zaqueo, hemos de volver lo que no es nuestro; sin ello, no nos escaparíamos del infierno. Hemos de concebir un gran dolor de los pecados, y llorarlos como David, que derramó lágrimas hasta la muerte y puso gran cuidado en no cometer otros nuevos. Hemos de humillarnos profundamente ante el Señor, aceptando todo cuanto se digne enviarnos, no solamente con sumisión sino también con grande alegría; pues no hay otro medio: o llorar en esta vida, o llorar en la otra, donde las lágrimas de nada sirven y la penitencia resulta sin mérito. Nunca perdamos de vista que no sabemos el día en que seremos juzgados, y que, si nos sorprende aquel terrible momento en pecado, nuestra perdición será irremediable.

¿Qué deberemos concluir de todo esto, H. M.? Que es preciso estar completamente ciegos para portarnos

cual lo hacemos ; ya que, si bien se mira, ni uno siquiera podría afirmar que está dispuesto para comparecer ante Jesucristo, y, a pesar de tan terrible certidumbre, ni uno de entre nosotros dará un paso más hacia Dios, a fin de asegurarse una sentencia favorable. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ cuán ciego es el pecador ! ¡ Ay ! ¡ cuán deplorable es su suerte ! No, no, H. M., dejemos de vivir como insensatos, pues, en el momento en que menos lo pensemos, Jesucristo llamará a nuestra puerta. ¡ Dichoso el que no habrá aguardado hasta aquel momento para prepararse ! Lo cual os deseo...

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Domingo de Pasión. — Sobre la contrición	1
Jueves Santo	25
Viernes Santo. — El pecado renueva la pasión de Jesucristo	43
Domingo de Cuasimodo. — Sobre la confesión pas- cual	56
Segundo domingo después de Pascua. — Sobre la perseverancia.	72
Tercer domingo después de Pascua. — Sobre las aflicciones	93
Quinto domingo después de Pascua. — Sobre la ora- ción	109
Sobre las rogativas. — Las procesiones, la abstinencia y las cuatro Témporas	131
Para el día de la Ascensión	150
Corpus Christi	169
Segundo domingo después de Pentecostés. — Sobre la Santa Misa	187
Tercer domingo después de Pentecostés. — Sobre la misericordia de Dios	211
Cuarto domingo después de Pentecostés. — Sobre la esperanza	229
Quinto domingo después de Pentecostés. — Sobre el segundo precepto del Decálogo	250
Sexto domingo después de Pentecostés. — Sobre la Comunión.	271
Séptimo domingo después de Pentecostés. — Sobre la virtud verdadera y la falsa	295
Domingo octavo después de Pentecostés. — Sobre el juicio particular	317